



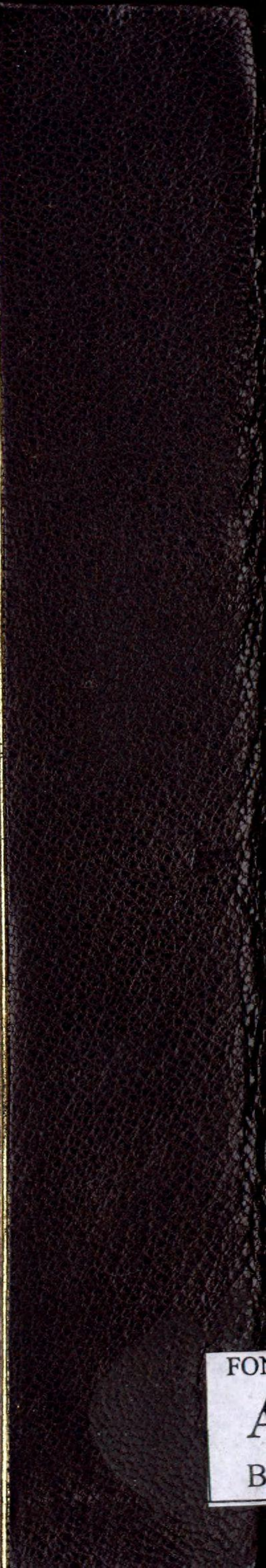
EL
ARTE
DE
CONSPIRAR



ARRIOLA



FONDO ANTIGUO
A-3192
Biblioteca Regional



FOR
A
B

A-3192

R

177378

Acte de Compirar

Un desafio

Mi Empleo y mi Mujer

Un Liberal!

Acte de Compirar

Un Desafio

Mi Empleo y mi Mujer

Un Liberal

Atto de confessione

Pro deo et
pro populo et
pro libertate!

~~Atto de confessione~~

~~Pro deo et
pro populo et
pro libertate!~~

EL ARTE DE CONSPIRAR.

COMEDIA EN CINCO ACTOS

Y

EN PROSA,

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

Don Ramon de Arriala.

Pica

Madrid.

Imprenta de Repullés.

AÑO DE 1833.

THE ALMA MATER OF THE

COMPLIES IN FIVE ACTS

IN PROSE

BY MISS MARY WATSON

FOR

THE ALMA MATER OF THE



ALMA MATER

PRINTED BY G. B. BAKER

AND DE 1853.

PERSONAS.

- MARÍA JULIA, *reina viuda, suegra de Cristiano VII, rey de Dinamarca.*
 - EL CONDE BELTRAN DE RANTZAU, *miembro del consejo de Estruansé, primer ministro.*
 - FALKLEND, *ministro de la guerra, miembro del consejo de Estruansé.*
 - FEDERICO DE GELER, *sobrino del ministro de marina.*
 - CAROLINA, *hija de Falklend.*
 - KOLLER, *coronel.*
 - BERTON BURKENSTAF, *mercader en sedas.*
 - MARTA, *su muger.*
 - EDUARDO, *su hijo.*
 - JUAN, *mancebo de su tienda.*
 - JORGE, *criado de Falklend.*
 - UGIER.
 - UN SEÑOR DE LA CORTE. *Bergen.*
 - EL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL SUPREMO DE JUSTICIA. PUEBLO.
-

La escena se supone pasar en Copenhague en enero de 1772.



*Esta obra es propiedad legítima de su Editor,
quien perseguirá ante la ley al que la reimprima.*



ACTO PRIMERO.

Salon del palacio del rey *Cristiano*. — A la izquierda la habitacion del rey. — A la derecha la de *Estruansé*.

ESCENA PRIMERA.

KOLLER, sentado á la derecha ; al mismo lado *Grandes del Reino, Militares, Empleados de palacio, Pretendientes*, con memoriales, esperando la audiencia de **ESTRUANSÉ**.

Koller. (Mirando á la izquierda.) Qué soledad en las habitaciones del rey! — (*Mirando á la derecha.*) Qué multitud á la puerta del favorito!... Si yo fuera poeta satírico, mi empleo era el mas á proposito... capitan de guardias, en una corte donde un médico es primer ministro, la muger del médico reina y el rey nada! Ya se ve, un rey débil y enfermo! Quién ha de mandar? Paciencia!... Para eso está aqui la gaceta, que ve en eso nuestra mayor felicidad... (*Leyendo para sí.*) Hola!... Otro decreto... "Copenhague 14 de Enero de 1772. Nos Cristiano VII por la gracia de Dios, rey de Dinamarca y de Noruega, por la presente hemos venido en confiar á S. E. el conde de Estruansé, primer ministro y presidente del consejo, el sello del Estado; y mandamos que todos los actos emanados de él se guarden, cumplan y obedezcan en todo el reino, sin mas requisito que su sola firma, y aunque Nos no pongamos la nuestra..." Ahora comprendo la causa del gentío que acude esta mañana á cumpli-

mentar al favorito... eh! ya es rey de Dinamarca... este decreto es una abdicacion de otro... (*Viendo llegar á Bergen.*) Ah! vos aqui, querido Bergen!

Berg. Sí, coronel. Veis qué gentío en la antecámara?

Koll. Aguardan que se levante el amo.

Berg. Desde que amanece le llueven las visitas.

Koll. Eso es muy justo. Ha hecho tantas él cuando era médico, que es razon que se las paguen ahora que es ministro. Habeis leído la gaceta de hoy?

Berg. No me habéis de eso... Todo el mundo está escandalizado. Qué descaro! Qué infamia!

Un Ugier (*Sale de la habitacion derecha.*) S. E. el conde de Estruansé está visible.

Berg. Perdonad! (*Se mete entre la multitud y entra en la habitacion de la derecha.*)

Koll. Tambien este va á pretender! Hé aqui los hombres que logran los empleos... y nosotros por mas que pretendamos, nada!... Pues bien; antes morir que deberle la menor gracia... tengo demasiado orgullo para eso! Cuatro veces me ha negado ya... á mí... el coronel Koller, el grado de general, que tengo tan merecido, aunque no deba yo decirlo... pues hace diez años que lo pretendo. Pero le ha de pesar... él sabrá quién soy yo... No quiere comprar mis servicios?... Se los venderé á otros. (*Mirando al foro.*) La reina-madre, María Julia; viuda, á su edad... demasiado pronto por cierto... Es terrible! razon tiene para aborrecerlos mas que yo.

ESCENA II.

LA REINA, KOLLER.

Reina. Ah! sois vos, Koller! (*Mirando al rededor con inquietud.*)

Koll. Nada temais, señora; estamos solos: todos aca-

ban de entrar á besar los pies de Estruansé y de la hermosa Condesa... Habeis hablado al rey?

Reina. Ayer, como teniamos convenido, le hallé solo en un cuarto retirado, triste, pensativo... se le caían las lágrimas, y estaba haciendo fiestas á su enorme perro, su fiel compañero, el único de sus dependientes que no le ha abandonado. — Hijo mio! le dije, nó me conoces? — Sí, me contestó; sois mi madrastra... no, no, añadió cariñosamente, mi amiga, mi verdadera amiga, porque me teneis lástima, me venís á ver!... y alargándome la mano, me decía afligido: — Veis qué malo estoy! Yo muero, señora, y no hay remedio para mí.

Koll. No es cierto, pues, que esté privado del juicio, como quieren hacernos creer?

Reina. No, sino viejo antes de tiempo, aniquilado enteramente por excesos de toda especie: se han embotado sus facultades, y se ha debilitado su cabeza hasta el punto de no poder soportar el menor trabajo, la mas ligera ocupacion: hasta el hablar le cuesta un esfuerzo... pero al oír lo que se le dice, se animan sus ojos, y brillan con una espresion particular. Ayer su semblante manifestaba muy al vivo cuanto sufría, y me dijo con una sonrisa amarga: Ya lo veis; todos me abandonan... Y la condesa? Y Estruansé?... Estruansé... lo quiero tanto! dónde está? que venga á curarme.

Koll. Entonces era ocasion de manifestarle... de abrirle los ojos...

Reina. Ya lo hice; pero era preciso mucho tino... Sabéis lo que puede en el corazon de un enfermo pusilánime, abatido, débil, un médico que le promete la salud... la vida... es su oráculo... su amo... su Dios! — Empecé, pues, por recordarle cuando ese hombre oscuro logró introducirse en palacio, á pretesto de la enfermedad del príncipe, y casi le hice

ver que él lo mató errando torpemente la cura; le puse ante los ojos como despues su carácter intrigante logró grangearle su intimidad, y adulando sus pasiones llevarlo él mismo de esceso en esceso al estado de postracion en que se halla... con la idea sin duda de hacerse cada dia mas preciso, de dominarle mas y mas, y llegar á satisfacer los planes desmedidos de ambicion que la casualidad le ofrecia... Le hice ver que lejos de emplear su ciencia en curarlo, su interes era mantenerle largos años en aquel estado doloroso de sufrimiento y de debilidad que tanto le atormenta, y con promesas y esperanzas mentidas; con consejos falsos y pérfidos, asustarlo, aislarlo, y arrancar de sus manos el poder. Se le presenté elevándose sucesivamente al rango de ayo de príncipe, de consejero, de conde... aspirando y logrando con escándalo del reino y con toda la osadía de un favorito hasta la mano de una muger unida á la familia real por los vínculos de la sangre, montando su casa con la etiqueta y servidumbre palaciega, y hasta el punto de contar él, primer ministro, entre las damas de honor de esa su insolente esposa hija de otro ministro: le patentice la conducta descabellada de su parienta traficando con su posicion, con su hermosura, con los empleos... se le pinté, en fin, haciendo gala de su ilimitado poder, y burlándose casi en público de la aprension... de la nulidad, de la demencia de un rey á quien todo lo debe, y á quien manda como á un esclavo, ó mas bien como á un autómeta... Al oír esto, un rayo de indignacion brilló en aquel rostro desfigurado; sus facciones pálidas y ajadas se encendieron de repente, y con un tono que me sorprendió empezó á exclamar á gritos: — Estruansé! infame!... Estruansé! que venga aqui! quiero hablarle!

Koll. Cielos!

Reina. De allí á poco vino Estruansé con aquel aire de superioridad... de seguridad... dirigiéndome al paso una sonrisa de triunfo y de desden. El rey estaba irritado... aquella era la ocasion... pero en vano. Yo los dejé solos, é ignoro qué armas pudo emplear en su defensa: lo que sé es que este incidente ha contribuido á aumentar el ascendiente del favorito; que la condesa estaba anoche mas altanera que nunca, y que han llegado al ápice del poder: ese decreto que ha arrancado al infeliz monarca, y que publica hoy la gaceta oficial, reviste al primer ministro, á nuestro mortal enemigo, de toda la potestad real...

Koll. Y el primer uso que harán de ella será contra vos, señora; no dudaré que llegue su venganza hasta el punto de...

Reina. Sí; y es preciso evitarlo... es preciso que hoy mismo... Quién viene?

Koll. (*Mirando al foro.*) Favoritos del favorito!... El sobrino del ministro de marina, Federico Geler... y Falklend, el ministro de la guerra... ese hombre que para adular á Estruansé no ha dudado en consentir la humillacion de hacer á su hija dama de honor de la condesa... Ella viene con él.

Reina. Sí: Carolina: silencio delante de ella.

ESCENA III.

GELER, CAROLINA, FALKLEND, LA REINA, KOLLER.

Geler. (*Dando la mano á Carolina.*) Sí; hoy acompaño á la condesa Estruansé en la magnífica cabalgada que ha dispuesto... Si vierais, Carolina, qué bien se tiene á caballo... con un aire!... oh! aquello no es una muger!

Reina. (*A Koller.*) No; es un sargento de caballería.

Car. (*A Falklend.*) La reina--madre !... (*Los tres la saludan.*) Señora, iba á ver á V. M.

Reina. (*Con sorpresa.*) A mí ?

Car. Tenia encargo de hacer á V. M. una súplica.

Reina. Esta es la mejor ocasion.

Falk. Hija mia, te deajo; voy al cuarto del conde de Estruansé, nuestro primer ministro.

Gel. Yo os acompaño: tengo que cumplimentarle por mí y por mi tio, el ministro de marina, que está hoy algo indispuesto.

Falk. De veras ?

Gel. Sí; ayer tarde acompañó á la condesa Estruansé en el paseo que dió en la falúa real... y el mar le ha hecho daño...

Reina. A un ministro de marina !

Gel. Oh! no será nada!

Falk. (*Viendo á Koller.*) Ah! buenos dias, coronel Koller... ya sabeis que no me olvido de vuestra pretension.

Reina. (*Aparte á Koller.*) Vos pretendéis de ellos ?...

Koll. (*Idem.*) Por alejar toda sospecha.

Falk. Por ahora, amigo, no hay cabida: la condesa Estruansé nos ha recomendado á un jóven oficial de dragones...

Gel. Hermosa figura ! en el último baile se llevó la atencion bailando la húngura.

Falk. Pero ya veremos; entrareis á la primera promocion de generales, si continuais sirviéndonos con el mismo celo.

Reina. Y si aprendeis á bailar !

Falk. (*Sonriéndose.*) S. M. está hoy de un humor graciosísimo!... veo que participa de la satisfaccion que nos causa á todos el nuevo favor concedido á Estruansé... Tengo el honor de ofrecer á V. M. mis respetos. (*Entrase por la derecha con Geler.*)

ESCENA IV.

CAROLINA, LA REINA, KOLLER.

Reina. Hablad, pues, señorita; veniais...

Car. Señora, la condesa Estruansé me ha rogado...

Reina. La condesa Estruansé!... (*A Koller.*) Qué embajada será esta?

Car. Que diese parte á V. M. de que mañana da un baile en su palacio, y le suplicase al mismo tiempo en su nombre que se dignase honrarlo con su presencia...

Reina. Yo?... (*A Koller.*) Qué insolencia! — Con que un baile...

Car. Sí señora: un baile magnífico!...

Reina. Para celebrar sin duda su nuevo triunfo!... Y tiene la bondad de convidarme... á mí!

Car. Señora... qué le diré?...

Reina. Que no.

Car. Señora!... V. M. se niega!...

Reina. Y quereis que os dé las razones, no es verdad?

Aun no he olvidado el decoro que se me debe como reina y como muger, y nunca autorizaré con mi presencia el escándalo de esos saraos, el olvido del pudor, el desprecio de las costumbres públicas! Donde presiden Estruansé y su muger... donde reinan la traicion y la deshonor... no hay sitio para mí... ni para vos tampoco, señorita!... Y ya creo que lo hubierais echado de ver, si vuestro padre, atento solo á su ambicion, al permitirnos alternar en semejante sociedad, no os mandase sin duda cerrar los ojos sobre lo que alli pasa!...

Car. Ignoro, señora, lo que puede motivar la severidad y el rigor que V. M. manifiesta... y no entraré en una discusion agena de mi edad y mi conducta. Sumisa á mis deberes, yo obedezco á mi padre y

nada mas... á nadie tengo motivo de acusar, porque nada he visto... Si á mí me acusaren, dejaré á mi conducta el cuidado de mi defensa !... A los pies de V. M. (*Saludando.*)

Reina. Os vais?... tanta prisa corre la contestacion?...

Car. No señora... otros quehaceres...

Reina. Ah! sí, se me habia olvidado... ya sé que vuestro padre tambien da hoy un convite... no se ve otra cosa! una gran comida, segun creo, á que deben asistir todos los ministros?

Car. Sí señora.

Koll. Convite diplomático!

Reina. Tiene otro motivo ademas: vuestro contrato de boda...

Car. Cielos!

Reina. Con Federico Geler, el que acabamos de ver... el sobrino del ministro de marina... Qué, no lo sabiais? Es esta la primera noticia?

Car. Sí señora.

Reina. Siento habéroslo dado, porque parece que no os ha agradado...

Car. Señora, mi obligacion y mi deseo serán siempre obedecer á mi padre. (*Saluda y vase.*)

ESCENA V.

LA REINA, KOLLER.

Reina. Ya lo habeis oido, Koller... esta tarde en el palacio del conde de Falklend... ese convite donde se hallarán reunidos Estruansé y sus colegas... Eso es lo que iba á contaros cuando vinieron á interrumpirnos.

Koll. Y bien, señora, que hacemos con eso?

Reina. (*En voz baja.*) Cómo! qué hacemos !... No veis como el cielo nos entrega asi á todos nuestros

enemigos de una vez? Es preciso apoderarnos de ellos.

Koll. Que decis?

Reina. El regimiento que vos mandais está de guardia en palacio esta semana... podeis disponer de él... y sobra para una empresa que solo pide prontitud y osadía.

Koll. Y creéis?...

Reina. Por lo que he visto ayer, el rey á causa de su debilidad no tomará ningun partido, pero aprobará seguramente todos los que se tomen. Una vez destituido Estruansé, no faltarán pruebas contra él... pero lo primero es echarlo abajo... es cosa facil... si he de creer en esta lista que me habeis dado y que os devuelvo. Es el único medio de acabar con ese usurpador... y tomar yo la regencia en nombre de Cristiano VII.

Koll. Teneis razon, un golpe atrevido: es lo mas pronto... esto vale mas que todas esas intrigas diplomáticas, de que no entiendo una palabra. Esta tarde os entrego los ministros, muertos ó vivos... nada de perdon... el primero Estruansé... Geler, Falklend y el conde Beltran de Rantzau!...

Reina. No, no; á ese no hay que tocarle.

Koll. A ese mas que á ninguno; le aborrezco personalmente: sus chanzonetas continuas contra los oficiales palaciegos, soldados de antecámara, como él los llama...

Reina. Y que os importa eso?...

Koll. Es que lo dice por mí, bien le entiendo... y me vengaré...

Reina. Bueno; pero no ahora. — Necesitamos de él... lo necesitamos mucho para que ponga de nuestra parte al pueblo y á la corte. Su nombre, sus riquezas, sus talentos personales pueden dar consistencia á nuestro partido... que no la tiene; porque

todos esos nombres que me habeis enseñado valen poco... son de ninguna influencia; y no basta derribar á Estruansé, es preciso que uno ocupe su lugar... y sobre todo que sepa mantenerse en él.

Koll. Convengo... pero ir á buscar aliados entre vuestros enemigos !...

Reina. Rantzau no lo es: tengo pruebas de ello: ha podido perderme mil veces, y no tan solo no lo ha hecho, sino que en mil ocasiones me ha advertido indirectamente los riesgos á que iba á esponerme mi imprudencia: por último, estoy segura de que Estruansé, su colega, le teme y quisiera deshacerse de él; que él por su parte aborrece á Estruansé y veria con placer su caída... ya veis... de esto á ayudarnos, no hay mas que un paso...

Koll. Es verdad... pero yo no puedo sufrir á ese Beltran de Rantzau... es un viejecillo maligno, que aunque en verdad no es enemigo de nadie, tampoco es amigo mas que de sí propio. Si conspira, es solo en provecho suyo... todo para él !... en fin, un conspirador egoista, con el cual nada se puede ganar !...

Reina. Estáis equivocado... (*Mirando hácia la izquierda.*) Mirad! lo veis en aquella galería, conversando con el gran Chambelan?... Sin duda irá al consejo... dejadnos; antes de atraerlo á nuestro partido, ni descubrirle nada de nuestros proyectos, quiero saber cómo piensa.

Koll. Trabajo os mando, señora! — De todos modos, voy por el pronto á hacer que algunos de los nuestros se repartan por la ciudad y vayan preparando la opinion pública. Herman y Gustavo son conspiradores subalternos... á esos no hay sino pagarlos... Hasta la tarde; contad conmigo y con el sable de mis soldados... en materia de conspiraciones esto es lo que hay mas positivo. (*Vase por el foro, señalando á Rantzau que sale por la izquierda.*)

ESCENA VI.

RANTZAU, LA REINA.

Reina. (*A Rantzau, que la saluda.*) Vos tambien, señor conde, venis á palacio á felicitar á vuestro muy alto y muy poderoso colega...

Rant. Y quién os dice, señora, que no vengo para hacer la corte á V. M.

Reina. Eso sería muy generoso... muy digno de vos, por otra parte, en el momento en que estoy mas en desgracia... en que voy á ser desterrada tal vez...

Rant. Creis que se atreverian?...

Reina. Eso os podria yo preguntar, á vos Beltran de Rantzau, ministro, y de influencia... á vos miembro del consejo.

Rant. Yo! ignoro cuanto en él pasa... nunca voy. Sin deseos, sin ambicion, no aspirando á otra cosa que á separarme de los negocios, qué podria yo hacer en él? Todo lo mas tomar á veces la defensa de algunos amigos imprudentes... lo cual podria muy bien sucederme hoy mismo.

Reina. Vos que afectabais no saber nada... Sabeis, pues?...

Rant. Lo que pasó ayer en la cámara del rey... sí por cierto... convenid conmigo que fue raro empeño el de querer probarle absolutamente que su favorito... Oh! V. M. no podia tener razon.

Reina. Es decir que me reconvenis por mi fidelidad á Cristiano, á un rey desgraciado!... suponeis que no se puede tener razon cuando se intenta quitar la máscara á los traidores!

Rant. Cuando no se consigue, sí señora.

Reina. Y si yo lo consiguiese, podria contar con vuestro auxilio, con vuestro apoyo?

Rant. (*Sonriéndose.*) Mi apoyo ! eso me ^{decie} á mí, que en semejante caso tendria por el contrario que reclamar el vuestro ?

Reina. (*Con energía.*) Y lo tendriais... os lo juro... Me hareis vos igual juramento, no digo antes, pero despues del peligro ?

Rant. Es decir que le hay ?

Reina. Puedo fiarme de vos ?

Rant. No sé... pero me parece que soy ya depositario de algunos secretos que hubieran podido perder á V. M., y que jamas...

Reina. (*Con viveza.*) Lo sé. (*A media voz.*) Esta tarde teneis en casa del ministro de la guerra, el conde de Falklend, una gran comida, á la cual asistirán todos vuestros colegas?...

Rant. Sí señora ; y mañana un gran baile, al cual asistirán tambien. Asi tratamos nosotros los negocios. Yo no sé si el gobierno marcha, lo que sé es que baila mucho.

Reina. (*Con misterio.*) Pues bien ; si quereis creerme, estaos en vuestra casa.

Rant. (*Mirándola con penetracion.*) Ya ! desconfiais de la comida... no valdrá nada.

Reina. Precisamente... no os digo mas.

Rant. (*Sonriéndose.*) Confianzas á medias ! Cuidado ! yo puedo divulgar los secretos que adivino... pero nunca los que me confian.

Reina. Teneis razon : prefiero decíroslo todo. Buen número de soldados á mis órdenes bloquearán el palacio de Falklend, se apoderarán de las salidas.

Rant. (*Con aire incrédulo.*) Ellos por sí solos, y sin gefe ?

Reina. Koller los manda ; Koller, que no reconoce mas órdenes que las mias, se precipitará con ellos por las calles de Copenhague, gritando : los traidores han concluido ! viva el rey ! viva María Ju-

lia! En seguida nos dirigimos á palacio, en donde, si nos ayudais, el rey y los grandes del reino se declaran por nosotros, me proclaman regenta, y desde mañana soy yo, ó mas bien vos y Koller, quien dicta leyes á Dinamarca... Ese es mi plan y esos mis designios; ya los conoceis: quereis entrar en ellos?

Rant. (*Friamente.*) No señora; hasta quiero ignorarlos enteramente, y juro á V. M. que los proyectos que acaba de confiarme morirán conmigo, cualquiera que sea su éxito.

Reina. Os negais á ayudarme, vos que babeis tomado siempre mi defensa, vos en quien yo confiaba...

Rant. Para conspirar!... V. M. se equivocaba.

Reina. Y Por qué?

Rant. Señora... si he de hablar francamente...

Reina. Lo veo... que me vais á engañar.

Rant. (*Friamente.*) No: con qué objeto? Hace mucho tiempo que me he desengañado de conspiraciones, y os diré por qué. He observado que los que se esponen, rara vez sacan provecho de ellas; trabajan siempre para otros, que vienen despues con sus manos lavadas á recoger sin peligro el fruto que aquellos han sembrado á fuerza de riesgos. Semejante albur solo pueden correrle los muchachos, los locos, los ambiciosos que no ven claras las cosas. Pero yo raciocinio: tengo sesenta años, algun poder, riquezas!... iria yo á comprometer todo eso, aventurar mi posicion, mi crédito... y para qué?...

Reina. Para llegar al primer puesto! para ver á vuestros pies á un colega, á un rival, que trata él mismo de derribaros!... Sí... sé... á no poderlo dudar, que Estruansé y sus amigos quieren separaros del ministerio.

Rant. Eso dice todo el mundo, y yo no puedo creerlo. Estruansé es mi protegido, mi hechura, yo le he

puesto donde está... (*Sonriéndose.*) verdad es que algunas veces lo ha olvidado; convengo en ello: pero en su posicion es dificil tener memoria! Por lo demas, fuerza es confesarlo, es un hombre de talento, un hombre superior que tiene altas miras por la prosperidad del reino y medios de llevarlas á cabo! es un hombre, en fin, con quien puede uno dividir el poder sin mengua... Pero un Koller, un soldado oscuro, cuya sendentaria espada no ha salido nunca de la vaina, un agente intrigante, que ha vendido hasta la presente á cuantos le han comprado!...

Reina. Quereis mal á Koller!

Rant. Yo! yo no quiero mal á nadie... pero muchas veces digo para mí: que un cortesano, que un diplomático sea diestro, intrigante y aun algo mas... vaya! es su oficio; pero que un militar, que como base del suyo debe profesar lealtad y franqueza, trueque la espada por el puñal!... Un militar intrigante... un traidor con uniforme... ese es el ente mas vil: y acaso hoy mismo os pese de haberos fiado de él.

Reina. Qué importan los medios, si se consigue el objeto?

Rant. Es que no le conseguireis! Nadie verá en ese negocio sino los proyectos de una venganza ó de una ambicion personal. Y qué le importa al pueblo que os vengueis de la condesa, vuestra rival, y que de resultas de esa cuestion de familia logre el caballero Koller un buen empleo? Qué significa una intriga de corte, en la cual el pueblo no toma parte? Para que un movimiento de esa especie sea duradero y estable, es preciso que esté preparado ó hecho por él: y para eso es necesario que esten en juego sus intereses... ó que se lo hagan creer al menos. Entonces se levantará, entonces no hay mas

que dejarle: él irá mas lejos de lo que se quiera. Pero cuando uno no tiene de su parte la opinion pública, es decir, la nacion... puédense suscitar motines, complots, rebeliones, pero no llevar á cabo revoluciones!... Esto es lo que os sucederá.

Reina. Enhorabuena; aunque fuera cierto eso, aunque mi triunfo no hubiese de durar mas que un dia, me habria vengado á lo menos de todos mis enemigos.

Rant. (*Sonriéndose.*) Ved ahí otra nueva razon que os impedirá triunfar. Os domina la pasion, el rencor... Cuando se conspira, no se debe tener odio, porque ciega y quita la serenidad. No se debe aborrecer á nadie, porque el que hoy es enemigo puede ser amigo mañana... por otra parte, si os dignais dar crédito á los consejos que me dicta mi mucha esperiencia, el arte consiste en no entregarse á nadie, en no tener mas cómplice que uno mismo; yo, que os hablo en estos términos, yo, que aborrezco las conspiraciones, y que por consiguiente no conspiraré... si diese alguna vez en la tentacion, aunque fuese por V. M. y en su favor... os juro que vos misma no sabriais nada, y ni aun lo sospechariais.

Reina. Qué quereis decir?

Rant. Gente viene.

ESCENA VII.

Dichos; EDUARDO, dejándose ver en la puerta del fondo en conversacion con los ugières de la cámara.

Reina. Ah! Es el hijo de mi mercader de sedas, Eduardo Burkenstaf... Llegad... acercaos... qué me quereis? Hablad sin temor. (*Bajo á Rantzau.*) Es preciso irse haciendo popular.

Eduar. Señora, he venido á palacio con mi padre, que traía unas muestras á la condesa Estruansé, y tambien, segun tengo entendido, á V. M.; y mientras le den audiencia... venia... será acaso demasiado atrevimiento en mí... á pedir á V. M. una gracia...

Reina. Qué gracia?

Eduar. Ah! apenas me atrevo... es tan terrible esto de pedir... sobre todo cuando no tiene uno derecho alguno en que fundarlo!

Rant. Este es el primer pretendiente á quien oigo hablar en estos términos; cuanto mas os miro, jóven, mas me convenzo de que no es esta la primera vez que nos vemos.

Reina. En los almacenes de su padre... almacen del Sol de Oro... Berton Burkenstaf... el negociante mas rico de Copenhague.

Rant. No... no ha sido allí... sino en los salones de mi terrible compañero el conde de Falklend, ministro de la guerra...

Eduar. Sí señor... he sido dos años su secretario privado; mi padre lo habia querido; deseando proporcionarme una carrera brillante, habia logrado este favor por empeño de la señorita de Falklend, que solia venir á nuestros almacenes, en vez de dejarme en su profesion, que acaso me hubiera estado mejor.

Rant. (*Interrumpiéndole.*) No por cierto; mas de una vez he oido á Falklend, naturalmente severo y descontentadizo, hacer elogios de su secretario.

Eduar. (*Inclinándose.*) Bondad suya! (*Con frialdad.*) Hace quince dias que me ha quitado ese destino, y me ha despedido de su casa.

Reina. Y por qué?

Eduar. Lo ignoro. Era dueño de despedirme; ha usado de su derecho, y no me quejo. Vale tan poco

en el mundo el hijo de un comerciante , que no se le deben satisfacciones de los deaires que se le hacen. Solo quisiera...

Reina. Otro destino... nada mas justo.

Rant. (*Sonriéndose.*) Cierto; y puesto que el conde ha cometido la torpeza de privarse de vuestros servicios... Los diplomáticos nos apresuramos á aprovecharnos de los descuidos de nuestros compañeros: yo os ofrezco en mi casa lo mismo que teniais en la suya.

Eduar. (*Con viveza.*) Ah! Señor, eso sería para mí ganar cien veces mas de lo que he perdido; pero soy tan desgraciado que no puedo aceptar.

Rant. Por qué?

Eduar. Perdonad; no puedo decirlo... pero quisiera ser oficial... quisiera... y no puedo pedirlo directamente al señor ministro de la guerra. (*A la reina.*) Venia, pues, á suplicar á V. M. que se dignase interesarse por mí; una charretera en cualquier arma, en cualquier regimiento. Os juro que la persona á quien yo deba este favor no tendrá nunca por qué arrepentirse de habermele dispensado, y que mi vida estará á su disposicion.

Reina. (*Con viveza.*) Decis verdad? Ah! Si solo dependiese de mí, desde este momento quedariais nombrado; pero en la actualidad tengo poco favor...

Eduar. Es posible? Entonces mi único recurso es la muerte!

Rant. (*Acercándose á él.*) Eso sería muy sensible, sobre todo para vuestros amigos, y como yo desde hoy entro en ese número...

Eduar. Qué oigo?

Rant. Probaré á título de tal á lograr de mi colega...

Eduar. (*Con calor.*) Ah! Señor, os deberé mas que la vida! (*Con alegría.*) Podré hacer uso de mi espada como caballero!... Ya no seré el hijo de un

comerciante, y si me insultan, tendré el derecho de matar ó morir.

Rant. (*Reconviniéndole.*) Caballerito...

Eduar. (*Con viveza.*) O mas bien, vos sereis dueño de mi existencia; no soy ingrato.

Rant. Os creo, amigo mio, os creo. (*Señalándole la mesa.*) Escribid vuestro memorial; yo le haré decretar por Falklend, á quien debo ver en el Consejo. (*A la reina, mientras que Eduardo escribe.*) Hé aqui un corazon entusiasta y generoso; una cabeza capaz de todo !

Reina. Es decir que creéis en ese ?

Rant. Señora, yo creo en todos... hasta los veinte años... pero despues, ya es otra cosa.

Reina. Y por qué ?

Rant. Porque entonces son hombres !

Reina. Es decir que creéis que se puede contar con él, y que para sublevar al pueblo, por ejemplo, es el hombre que necesitamos...

Rant. No... hay algo mas que ambicion en esa cabeza, y yo en vuestro lugar... pero V. M. hará lo que guste. Advierta V. M. que yo no la aconsejo, que yo no aconsejo nada.

(*Eduardo, que ha acabado su memorial, le presenta al conde. Al mismo tiempo se oye á Berton gritar afuera.*) Esto no se concibe !... es inaudito !

Eduar. Cielos ! la voz de mi padre !

Rant. No podia venir mas á tiempo.

Eduar. Ah ! No señor, no : os suplico que no sepa nada.

(*Entre tanto la reina ha atravesado el teatro, hácia la izquierda, y Rantzau le arrima un sillón.*)

ESCENA VIII.

RANTZAU, LA REINA *sentada*, BERTON, EDUARDO.

Berton. (*Irritado.*) Si no estuviese en palacio, y no supiese el respeto que se debe...

Eduar. (*Saliéndole al encuentro, y enseñándole la reina.*) Padre!

Bet. Ah! La reina!...

Reina. Qué teneis, señor Berton Burkenstaf?

Bert. Perdonad, señora; estoy confundido, desesperado... sé que la etiqueta prohíbe un arrebato como el mio en un palacio real, y sobre todo delante de V. M.; pero despues del ultrage que se acaba de hacer en mi persona á todo el comercio de Copenhague que represento.

Reina. Cómo es eso?

Bert. Hacerme esperar dos horas y un cuarto con mis muestras en una antecámara... á mí, Berton de Burkenstaf, síndico del comercio, para enviarme á decir con un ugier: "Vuelva usted otro dia, amigo mio; la señora condesa no puede ver esas muestras, porque está indispuesta."

Rant. Es posible?

Bert. Y si hubiera sido cierto, vaya! hubiera gritado el primero: Viva la condesa!... (*A media voz.*) pero es bueno saber!... creo que puedo esplicarme sin temor delante de V. M.

Reina. Seguramente.

Bert. Pues no bien me habian dado el recado, cuando desde la ventana de la antecámara donde yo estaba, y que da sobre el parque, veo á la señora condesa paseándose alegremente agarrada del brazo de un oficial de dragones...

Reina. De veras?

Bert. Y riéndose con él á carcajadas... de mí, sin duda.

Rant. (*Sériamente.*) Oh! no, no; eso no es creible.

Bert. Sí tal, señor conde; estoy seguro; y á fé que en lugar de burlarse de un síndico, de un vecino respetable que paga exactamente al Estado su patente y su contribucion, la señora condesa podria ocuparse en los negocios de su casa y de su marido, que no estan muy bien parados.

Eduar. Padre... por Dios!...

Bert. No soy mas que un comerciante, es verdad; pero todo lo que se fabrica en casa me pertenece; en primer lugar mi hijo, que está presente; porque mi muger Ulrica Marta, hija de Gelastern, el burgo-maestre, es una muger honrada, que ha andado siempre derecha, por lo cual me paseo por todas partes con la cabeza erguida; y hay algunas personas muy encopetadas en Copenhague que no pueden decir otro tanto.

Rant. (*Con dignidad.*) Señor Burkenstaf...

Bert. No nombro á nadie... Dios proteja al rey! Pero por lo que hace al señor favorito y á la señora condesa, es harina de otro costal.

Eduar. Pensais lo que decis? si os oyesen...

Bert. Me oirian. Y qué! No tengo miedo á nadie! Tengo ochocientos artesanos á mi disposicion... Sí, pardiez; pues qué, soy yo como mis compañeros que traen sus géneros de París ó de Lion? Yo fabrico los míos aqui, en Copenhague, donde mis talleres ocupan todo un arrabal, y si tratasen de jugarme una mala partida, si se atreviesen á tocarme al pelo de la ropa... Justicia divina!... habria una revolucion en la ciudad!

Rant. (*Con viveza.*) De veras? (Bueno es saberlo.)
(*Mientras que Eduardo procura calmar á su padre, llevándolo á un lado de la escena, Rantzau, que está de pie á la izquierda junto al sillón de la reina, le dice á media voz, señalando á Bertón.*)

Ahí teneis el hombre que necesitais para gefe.

Reina. Qué decis? un fátuo, un necio?...

Rant. Tanto mejor! un cero bien colocado tiene un gran valor; es un hallazgo ese hombre para ponerle en primer término; si yo hubiese de tomar cartas en el juego, si yo explotase á ese negociante, me produciria un ciento por ciento de beneficio.

Reina. (*A media voz.*) Lo sentis como lo decis? (*Levantándose y dirigiéndose á Berton.*) Señor Berton Burkenstaf...

Bert. (*Inclinándose.*) Señora!

Reina. Me es muy sensible que os hayan faltado; yo honro el comercio, quiero protegerle, y si puedo haceros algun servicio á vos personalmente...

Bert. Señora, cuánta bondad! Puesto que V. M. se digna animarme, una gracia solicito hace mucho tiempo, el título de mercader de sedas de la corona.

Eduar. (*Tirando de su casaca.*) Pero ese título lo tiene ya el señor Revantlow, vuestro compañero.

Bert. Que no trabaja, que se quiere retirar del comercio, que no tiene surtido ninguno... y aunque fuese esto, una morisqueta que yo le jugase... ya has oido que S. M. quiere proteger el comercio; me atrevo á decir que yo tengo derecho en ese sentido á la proteccion de S. M.; porque al fin, de hecho yo soy el proveedor de la corte. Hace mucho tiempo que vendo á V. M.; vendia á la señora condesa... cuando no estaba indispueta; he vendido esta mañana á S. E. el señor conde de Falklend, ministro de la guerra, para el próximo casamiento de su hija...

Eduar. (*Con viveza.*) De su hija... se casa!!...

Rant. (*Mirándole.*) Efectivamente; con el sobrino del conde Geler, nuestro colega.

Eduar. Se casa!

Bert. Qué te importa?

Eduar. Nada... me alegro por vos.

Bert. Sí por cierto; haré negocio...

Rant. Ya veo á Falklend; pasa al consejo.

Reina. Ah! no quiero verle. A Dios, conde; á Dios, señor Burkenstaf; no tardareis en tener órdenes mías.

Bert. Seré nombrado... me la llevaré... Corro á decírselo á mi muger: vienes, Eduardo?

Rant. No; todavía no!... tengo que hablarle. (*A Eduardo, mientras que Bertón se va por el foro.*) Esperadme allí. (*Le señala la izquierda.*) En aquella galería; sabreis al momento la respuesta del conde.

Eduar. (*Inclinándose.*) Señor!!

ESCENA IX.

RANTZAU, FALKLEND, *entrando por la derecha.*

Falklend. (*Pensativo.*) Estruansé se equivoca! Su posición es demasiado elevada para tener nada que temer; puede atreverse á todo. (*Viendo á Rantzau.*) Ah! Sois vos, querido colega? eso es lo que se llama exactitud.

Rant. Contra mis costumbres... porque asisto raras veces al consejo.

Falk. Todos nos quejamos de eso.

Rant. Qué quereis? á mi edad...

Falk. Es la edad de la ambicion, y se me figura que no teneis bastante.

Rant. Son tantos los que tienen de mas la que á mí me falta... De qué se trata hoy?

Falk. De un asunto bastante delicado. Se nota estos dias un abandono, un desenfreno...

Rant. En palacio?

Falk. No; en la ciudad. Se habla con toda libertad,

y se habla mal, según parece, del primer ministro y de su esposa. Yo estoy por medidas fuertes y enérgicas. Estruansé tiene miedo; teme disturbios, sublevaciones que no pueden existir; y entre tanto los descontentos toman alas, y se aumenta la osadía; por todas partes circulan coplas, canciones, libelos, caricaturas...

Rant. Parece sin embargo que todo ataque de esa especie hecho al gobierno es un delito, y en semejantes casos la ley os autoriza... y os da facultades...

Falk. De que es preciso usar. Teneis razon.

Rant. Sí; con un ejemplar, uno solo, todo el mundo callará. Ahí teneis sin ir mas lejos un descontento, un hablador, hombre de cabeza y de chispa, y tanto mas peligroso, cuanto que es oráculo de su barrio.

Falk. Quién?

Rant. Me lo han nombrado; pero, siempre estoy reñido con los nombres propios... Un mercader de sedas... almacén del Sol de Oro.

Falk. Berton Burkenstaf?

Rant. Precisamente; el mismo! Ahora, si es cierto ó no, eso es lo que yo no sé; no soy yo quien le ha oído...

Falk. No importa; las noticias que os han dado son demasiado ciertas, y yo no sé por qué mi hija se surte siempre en su casa.

Rant. (Con viveza.) En la inteligencia de que es preciso no hacerle daño alguno... uno ó dos dias de cárcel...

Falk. Pongámosle ocho.

Rant. (Friamente.) Vayan ocho. Como gustéis.

Falk. Escelente idea.

Rant. Vuestra toda; no quiero quitaros esa gloria á los ojos del consejo.

Falk. Gracias: eso pondrá término á las hablillas. Tengo un favor que pediros...

Rant. Decid.

Falk. El sobrino del conde de Geler, nuestro colega, va á casarse con mi hija, y le propongo hoy para una bonita plaza que le dará entrada en el consejo. Espero que por vuestra parte no habrá obstáculo alguno á este nombramiento.

Rant. Cómo pudiera haberlo?

Falk. Pudiera decirse que es demasiado jóven...

Rant. En el dia eso es un mérito... la juventud es la que reina; y la condesa, por ejemplo, que no deja de tener alguna influencia en los negocios, no puede echarle en cara un defecto, de que tendrá ella que reconvenirse á sí misma por espacio de muchos años todavía.

Falk. Esa sola galantería la decidiria, si fuese precisa su cooperacion; bien dicen, que el conde Bertrand de Rantzau es el hombre de Estado mas amable, mas conciliador, mas desinteresado.

Rant. (*Sacando un papel.*) Tengo que pedir os una bagatela; una sub-tenencia que necesito.

Falk. Concedida en el acto.

Rant. (*Enseñándole el papel.*) Enteraos antes...

Falk. (*Pasando á la izquierda.*) Sea para quien sea. En recomendándolo vos... (*Leyendo.*) Qué es esto?... Eduardo Burkenstaf... Es imposible...

Rant. (*Friamente tomando un polvo.*) Creeis que es imposible? y por qué?

Falk. (*Cortado.*) Es hijo de ese sedicioso, de ese hablador.

Rant. El padre enhorabuena; pero el hijo no habla; no dice palabra; por el contrario, sería una política excelente colocar un favor al lado de un castigo.

Falk. No digo que no; pero tambien dar una charretera á un muchacho de veinte años...

Rant. Como deciamos no hace mucho, la juventud es la que reina en el dia.

Falk. Es verdad; pero ese muchacho cabalmente, que ha estado en los almacenes de su padre y despues en mi secretaría, no ha servido nunca en la milicia...

Rant. Ni mas ni menos que vuestro yerno en la administracion. Sin embargo, si creéis que ese puede ser un obstáculo, no insistiré; respeto vuestra opinion, querido colega; la seguiré en todo y por todo... (*Con intencion.*) y lo que vos hagais, eso haré.

Falk. (*Aparte.*) Maldito! (*Alto y procurando ocultar su rabia.*) Vos haceis de mí lo que quereis: lo examinaré, veré.

Rant. Cuando gustéis; hoy; esta mañana; antes del consejo podeis librar los despachos.

Falk. No hay tiempo... son las dos...

Rant. (*Sacando su reloj.*) Menos cuarto.

Falk. Atrasais...

Rant. No por cierto, y la prueba es que siempre he sabido llegar á tiempo.

Falk. (*Sonriéndose.*) Ya lo veo. (*Con amabilidad.*) Nos veremos luego... supongo... en casa... á comer?...

Rant. No lo sé todavía; mucho me temo que mi dolor de estómago no me lo permita... pero de todas suertes seré puntual en el consejo, y allí me vereis.

Falk. Cuento con ello. (*Vase.*)

ESCENA X.

EDUARDO, RANTZAU.

Eduardo. Y bien, señor conde?... me abraso de impaciencia.

Rant. (*Friamente.*) Estáis nombrado, sois sub-teniente.

Eduar. Será cierto?

Rant. A la salida del consejo iré á casa de vuestro

padre á escoger algunos géneros, y yo mismo os llevaré vuestros despachos.

Eduar. Señor! Qué de bondades!

Rant. Os doy ademas un aviso, á vos, solo á vos, bajo la fé de secreto. Vuestro padre es indiscreto, imprudente... habla demasiado alto... esto pudiera acarrearle disgustos...

Eduar. Cielos! Está amenazada su libertad?

Rant. No sé nada, pero no sería imposible. En todo caso, ya estais avisado... vos y vuestros amigos no le perdais de vista... y sobre todo silencio.

Eduar. Ah! primero me dejaria matar que soltar una sola espresion que pudiese comprometeros. (*Tomando la mano de Rantzau.*) A Dios, señor, á Dios. (*Sale.*)

Rant. Escelente muchacho!... Cuánta generosidad hay encerrada ahí, cuántas ilusiones, cuánta felicidad! (*Con tristeza.*) Ah! por qué no habia uno de poder estar siempre en los veinte años?... (*Sonriéndose.*) aunque, por otra parte .. mejor está asi!... sería uno muy facil de engañar!... Vamos al consejo! (*Vase.*)



ACTO SEGUNDO.

Tienda de Berton Burkenstaf. = En el fondo puertas vidrieras que dan á la calle, y delante de las cuales se ven piezas de telas de muestra. = A la izquierda una hermosa escalera que conduce á sus almacenes. Debajo de la escalera la puerta de un sótano. Al mismo lado un mostrador pequeño; y detras libros de caja y de muestras. = A la derecha géneros, y una puerta que da á lo interior de la casa.

ESCENA PRIMERA.

BERTON, MARTA.

(*Berton está delante de su mostrador, y su muger en pie á su lado, con varias cartas en la mano.*)

Marta. Hé aqui pedidos para Lubek y para Altona... quince piezas de raso y otras tantas de tafetan.

Bert. (*Con impaciencia.*) Bien, muger, bien.

Mar. Y cartas de nuestros correspondientes, á las cuales es preciso responder.

Bert. Ya ves que ahora estoy ocupado.

Mar. Tambien es preciso escribir á ese rico tapicero de Hamburgo.

Bert. (*Irritado.*) A un tapicero!...

Mar. Toma! uno de nuestros mejores parroquianos.

Bert. Escribir á un tapicero... precisamente cuando estoy ocupado en escribir á una reina.

Mar. Tú!

Bert. A la reina-madre! una peticion que le dirijo en nombre del comercio, porque es de saber que la

reina-madre no me puede negar cosa alguna. Si hubieras visto, muger, cómo me ha recibido esta mañana, y á qué altura me hallo con ella...

Mar. Y qué bienes nos vienen con esa gracia?

Bert. Qué bienes, eh? Se conoce que no eres mas que una simple muger, y una muger simple; una tendera que no entiende el cristus de los negocios... Qué bienes? Oiga! Crédito, favor, consideracion... seré un hombre de influencia en mi barrio, en la ciudad, en el Estado... algo, en fin, algo.

Mar. Y todo para qué? Para ser proveedor con Real Privilegio de la corona! No puedes vivir sin dictados, sin títulos! no has tenido nunca otros sueños ni otros deseos.

Bert. Déjame en paz... Cabalmente!... se trata de ser proveedor de la corona. (*A media voz.*) Se trata, señora Burkenstaf, de ser prevoste del comercio, y quién sabe, hasta burgomaestre de la ciudad de Copenhague... Sí señor, lo he dicho, que para eso y para mas hay favor... Eh! con la popularidad de que gozo y con la proteccion de la corte.. Ui!

ESCENA II.

JUAN, BERTON, MARTA.

Juan. (*Con géneros debajo del brazo.*) Aquí estoy, señor... Vengo de casa de la baronesa de Molke.

Bert. (*Bruscamente.*) Y bien, qué me importa? qué quieres?

Juan. No quiere el terciopelo negro; le quiere verde. Y me ha dicho que se alegraría de que pudieseis llevarle vos mismo las muestras.

Bert. Mal rayo! Verán ustedes como tengo que abandonar mis negocios... Verdad es que la baronesa de Molke es muger de corte... Irás allá, muger; estas son incumbencias tuyas.

Juan. Además traigo aquí...

Bert. Otra vez! no acabará nunca.

Juan. (*Enseñándole un saco.*) El dinero de las veinte y cinco varas de tafetan...

Bert. (*Cogiendo el saco.*) Voto va! Cuidado que da vergüenza tener uno que ocuparse en esos pormenores. (*Devolviéndole el saco.*) Lleva esto arriba á mi cajero, y que me dejen todos en paz. (*Se pone de nuevo á escribir.*) Si señora.. á V. M. es á quien...

Juan. (*Pasando á la derecha, y sopesando el saco.*) Da vergüenza, eh? no tanto; muchas vergüenzas como esta quisiera yo pasar.

Mart. (*Deteniéndole.*) Oiga usted, señor Juan. Me parece que ha echado usted bastante tiempo para dos tristes comisiones que tenia que desempeñar.

Juan. (*Aparte.*) Ah maldita!... esta está en todo; no es como el amo. (*Alto.*) Os diré, señora; es que me he detenido un rato por las calles para oír lo que se decia en algunos corrillos.

Mart. Y á propósito de qué?...

Juan. Pardiez, no sé... á propósito de un decreto del rey...

Mart. Y qué decreto?

Bert. (*Con aire importante desde el mostrador.*) No sabeis eso vosotros; el decreto que se ha publicado esta mañana, y que confía toda la autoridad real á Estruansé.

Juan. Tanto vale; maldito si lo entiendo; lo que sé es que se hablaba con calor, que la cosa se iba animando... y Dios sabe si tendremos ruido.

Bert. (*Con aire importante.*) Seguramente; el caso es grave.

Juan. (*Con alegría.*) De veras, eh!

Mart. (*A Juan.*) Y eso qué te importa á tí?

Juan. Vaya! me da gusto; porque cuando hay ruidos,

se cierran las tiendas, no se hace nada: día de a-sueto: y para los mancebos de las tiendas es un domingo mas en la semana; y luego da gozo correr las calles gritando lo que gritan los demas!

Mart. Gritando! qué?

Juan. Qué sé yo! pero se gríta!

Mart. Basta. Sube, y quédate arriba: hoy no saldrás del almacén.

Juan. (*Yéndose.*) Voto va! en esta casa no puede uno sacar partido de nada.

Mart. (*Volviéndose y viendo á Berton, que entre tanto ha tomado su sombrero.*) Oiga! y tú, que estabas tan ocupado, adónde vas?

Bert. Voy á ver qué es eso.

Mart. Tú tambien?

Bert. Está bueno! Pues no tiene miedo ya! las mugeres son el diablo! Muger, no tengas cuidado; no voy mas que á ver lo que pasa, á meterme entre los corrillos de los descontentos, y á soltar cuatro espresiones de peso en favor de la reina-madre.

Mart. De la reina-madre? Y qué diablos de falta te hace á tí su proteccion? Cuando uno tiene dinero en sus arcas, no necesita uno de la proteccion de nadie; se rie uno de los grandes señores; es uno libre, independiente; es uno el rey en su casa; estate en la tuya... tu obligacion está en tu almacén.

Bert. Es decir que no sirvo sino para medir terciopelo? es decir que tú tienes en poco el comercio?

Mart. Yo tener en poco el comercio? yo, hija y muger de fabricante! yo, que creo que es la profesion mas útil al Estado, y la causa de su riqueza y de su prosperidad! yo, en fin, que no conozco nada mas apreciable que un comerciante que es comerciante. Pero si él mismo se avergüenza de su profesion, si abandona su mostrador por andar corriendo antesalas, eso ya es otra cosa... y cuando dices

necesidades como palaciego, maldito si puedo apreciarte como comerciante!

Bert. Magnífico, señora Burkenstaf! Brava arenga! Desde que la señora condesa Estruansé gobierna á su marido, cada muger del reino se cree con derecho á gobernar el suyo... Y vos, que tanto despreciáis la corte, pudierais dejar de imitar sus usos.

Mart. Vaya, vaya! olvida á la corte, como ella te tiene olvidado á tí, y acuérdate mas de lo que te rodea. Estás ya cansado de ser feliz? No tienes un comercio que prospera, amigos que te estiman, una muger que te reconviene, pero que te ama, un hijo que todo el mundo nos envidiaría, que es nuestro orgullo, nuestra gloria, nuestro porvenir?

Bert. Ah! Si tomas ahora ese capítulo por tu cuenta...

Mart. Sí señor... esa es mi ambicion, mi asunto de Estado... no me importa lo que pasa en casa del vecino. Qué se me da á mí de que el rey tenga un favorito, ó de que no le tenga; que mande este ó aquel otro ambicioso? Lo que importa saber es si mi casa está arreglada, si mi marido está bueno, si mi hijo es feliz; yo no pienso mas que en vosotros y en vuestro bienestar; ese es mi deber. Cumpla cada uno con el suyo... y como dice el refran: *zapatero, á tus zapatos...* eso es!...

Bert. (*Impaciente.*) Y quién te dice lo contrario?

Mart. Tú, que á cada momento me haces temblar por nuestra tranquilidad, siempre metido en discusiones políticas con todos los que á la tienda concurren, hablando de todo lo que se hace y de lo que se deja por hacer; tú, á quien tus ideas de ambicion han hecho descuidar el trato de nuestros mejores amigos... de Michelson, por ejemplo, que te ha convidado tantas veces inútilmente á ir á pasar unos dias con él al campo.

Bert. Y qué quieres? Michelson! Michelson! un mier-

cader de paños que no es nadie en el Estado... porque, al fin, vamos á ver, qué es?

Mart. Es nuestro amigo; pero ya se ve! tú necesitas grandeza, brillo, oropel. Por esa loca ambicion no quisiste que se quedase nuestro hijo con nosotros, donde hubiera estado perfectamente, sino que te empeñaste en que habia de entrar en la secretaría de un gran señor, de donde no ha sacado mas que disgustos, que tiene todavía la delizadeza de ocul-tarnos.

Bert. Cómo! es posible? mi hijo! mi hijo único es desgraciado!

Mart. Y no lo has echado de ver? — ni siquiera lo has sospechado?

Bert. Esos son asuntos domésticos... yo no me meto en eso! para qué estás tú aquí? Yo estoy siempre abrumado de negocios!... Y qué quiere? qué necesita? Dinero? Pregúntale cuánto... ó mas bien... to-ma... ahí tienes la llave de la caja: dá-sela.

Mart. Silencio, aquí está!

ESCENA III.

MARTA, EDUARDO, BERTON.

Eduardo. Ah! estais aquí? padre mio... temia que hubieseis salido. Hay alguna agitacion en la ciudad.

Bert. Eso dicen; pero todavía no sé de qué se trata, porque tu madre no me ha dejado salir. Cuéntame, cuéntame.

Eduar. No es nada, absolutamente nada; pero hay ocasiones y momentos en que es bueno manejarse con prudencia, aun sin motivos fundados. Sois el negociante mas rico del barrio; teneis alguna influencia; y no os mordeis la lengua para hablar del favorito y de su muger. Esta mañana en palacio, sin ir mas lejos...

- Mart.* Es posible?
- Eduar.* Puede llegar á sus oídos...
- Bert.* Y qué me importa? A nadie tengo miedo; no soy un hombre oscuro y desconocido, y no se atreverán á proceder contra Berton Burkenstaf del Sol de Oro. Aunque quisieran, no podrían.
- Eduar.* (*A media voz.*) Acaso os equivoqueis, padre mio; y si se atrevieran?
- Bert.* (*Espantado.*) Eh! qué dices... no es posible.
- Mart.* Ya me lo figuraba yo: ahora mismo se lo estaba diciendo. Dios mio! Dios mio! que será de nosotros?
- Eduar.* Tranquilizaos, madre mia; no os asustéis.
- Bert.* (*Temblando.*) Ya se ve; nos vienen con esos terrores... ese miedo os hace perder la cabeza, os perturba... no sabe uno lo que se hace... y precisamente en una coyuntura en que necesita uno toda su serenidad... Vamos á ver... y quién te ha dicho?... Por dónde lo sabes?
- Eduar.* Lo sé de buena tinta: por una persona que está desgraciadamente muy bien informada, y cuyo nombre no puedo deciros; pero podeis creerme.
- Bert.* Te creo, hijo mio; y guiándonos por los datos positivos que acabas de darme, qué debo hacer?
- Eduar.* La orden no está firmada todavía, pero puede estarlo de un momento á otro, y lo mas sencillo, lo mas prudente, es abandonar quedito vuestra casa, y manteneros escondido por espacio de algunos dias...
- Mart.* Y dónde?
- Eduar.* Fuera de la ciudad, en casa de algun amigo.
- Bert.* (*Con viveza.*) En casa de Michelson, el mercader de paños... allí no me irán á buscar... es un excelente hombre, que no se mete con nadie... que solo se ocupa en su comercio...
- Mart.* Hola! ya veis que alguna vez es bueno ocuparse uno en su comercio!
- Eduar.* Madre mia!...

Mart. Tienes razon; pensemos solo en ponerlo en salvo.

Eduar. Hasta ahora no hay peligro, pero no importa! Os acampañaré, padre mio.

Bert. No, mejor será que te quedes, porque al fin, cuando vengan y no me encuentren, si hubiese alborotos y tumulto, tú impondrias algun respeto á esas gentes, cuidarias de nuestros almacenes, y tranquilizarias á tu madre, á quien veo ya llena de miedo.

Mart. Sí, hijo mio, quédate.

Eduar. Como gustéis. (*Viendo á Juan que baja la escalera.*) Asi como asi, Juan puede acompañar á mi padre hasta la casa de campo de Michelson. Juan, vas á salir.

Juan. De veras? qué bueno! la señora lo permite?

Mart. Sí; saldrás con tu amo.

Juan. Sí señora.

Eduar. Y no te separarás de él.

Juan. No señor.

Bert. Sobre todo prudencia; pocas habladurías, poca curiosidad.

Juan. Sí señor; hay algo, pues?

Bert. (*A media voz á Juan.*) La corte y el ministerio estan echando chispas contra mí, quieren prenderme, encerrarme... y quién sabe...

Juan. Oiga! Eso quisiera yo ver! Buen ruido se armaria en todo el barrio; ya me veriais á mí, amo; veriais qué zalagarda! me oirian los sordos.

Bert. Silencio, Juan; eres demasiado vivo.

Mart. Eres un busca ruidos.

Eduar. Felizmente tus buenos deseos serán inútiles, porque no habrá nada.

Juan. (*Abre tristemente.*) No habrá nada... Tanto peor... yo que esperaba ya ruido y vidrios rotos!

Bert. (*Que entre tanto ha abrazado á su muger y á su hijo.*) A Dios... á Dios...

(*Vase con Juan por el foro; Marta y Eduardo le acompañan hasta la puerta, y quedan mirándolos has-
perderlos de vista.*)

ESCENA IV.

MARTA, EDUARDO.

Marta. Me das palabra de que le volveremos á ver dentro de unos días?

Eduar. Quién lo duda? Hay una persona que se digna interesarse por nosotros, y que empleará todo su favor en hacer que cesen las pesquisas, y en devolvernos á mi padre. Lo creo al menos así.

Mart. Qué feliz seré entonces! cuando nos hallemos todos reunidos, cuando nada pueda separarnos ya! Pero y tú... que tienes? De qué procede ese aire tan triste y esas miradas?...

Eduar. (*Cortado.*) Temo que no se realicen vuestros deseos; por lo que toca á mí... acaso me vea pronto precisado á separarme de vos por mucho tiempo...

Mart. Qué dices!

Eduar. (*Con mas resolucion.*) Yo hubiera querido no deciros una palabra... pero estas circunstancias... y por otra parte marchar sin daros un abrazo... oh! imposible; no me hubiera determinado jamás.

Mart. Marchar? Y yo lo escucho? Y por qué?

Eduar. Quiero ser militar; he pedido una charretera.

Mart. Tú! Dios mío! Qué te hecho yo para que huyas de esta suerte de mí, para que abandones el hogar paterno? Te hemos hecho por ventura desgraciado? Te hemos dado algun disgusto? Perdónanosle, hijo mío; habrá sido sin querer... y yo repararé todas nuestras faltas...

Eduar. Vuestras faltas! vos, señora, la mejor y la mas cariñosa de las madres... No, solo acuso á mi

suerte... Pero no puedo permanecer en Copenhague.

Mart. Pero por qué? Hay algun sitio en el mundo donde seas mas amado que aqui? Qué te falta? Quieres brillar en el mundo? Quieres eclipsar á los mas ricos señores? Podemos, podemos... (*Dándole la llave.*) Toma, dispon de nuestras riquezas, tu padre lo consiente; yo te lo suplico, y yo te lo agradeceré, porque para tí y solo para tí trabajamos y atesoramos; esta casa, esos almacenes, todo es tuyo... absolutamente tuyo!

Eduar. Basta, señora, basta: no los quiero; no los necesito; no soy digno de vuestros beneficios. Si os dijese que estoy á punto de despreciar esos mismos bienes, fruto de vuestro trabajo, y que esa misma profesion que ejercéis con tanto honor y probidad, y que en otro tiempo me envanecía, es hoy la causa de mi tormento y de mi desesperacion, es lo que se opone á mi felicidad, á mi venganza, á todas las pasiones violentas, en fin, que abriga en este momento mi corazon!...

Mart. Qué dices!

Eduar. Sí, os lo diré todo; este secreto es una carga demasiado pesada. Por otra parte, á quién pudiera uno confiar sus penas mejor que á una madre? Fijando vuestra felicidad en un hijo que os ha dado tantos disgustos, le habiais criado con demasiado esmero, acaso...

Mart. Como un señor, como un príncipe! y si hubiera habido otra educacion mejor, mas cara, esa hubieras recibido...

Eduar. No habeis querido que permaneciese en ese mostrador, que era mi puesto...

Mart. No yo, sino tu padre; él te hizo secretario privado del conde de Falklend.

Eduar. Por mi desgracia: admitido en su casa con intimidad, pasando los dias enteros al lado de Caro-

lina, su hija única, se me ofrecían mil ocasiones de verla, de oirla, de contemplar sus hermosas facciones, que son el mas pequeño de sus encantos... Ah! si hubierais podido apreciarla en su justo valor como yo todos los dias, si la hubierais visto tan seductora á la vez por su talento y por su gracia, tan sencilla y tan modesta que ella sola parecia ignorar su mérito; un alma tan noble, un carácter tan generoso!... Ah! si la hubierais conocido, madre mia, hubierais hecho lo que yo; la hubierais adorado.

Mart. Cielos!

Eduar. Sí; dos años hace que este amor es mi tormento y mi felicidad, mi existencia. Y no creais que, desconociendo mis deberes y los derechos de hospitalidad, le he descubierto mi corazón, ni me ha pasado nunca por la imaginacion declararle un amor que hubiera yo querido ocultarme á mí mismo... No... hubiera sido entonces indigno de amarla... Pero ese secreto, que ella sin duda no sospecha, y que ignorará mientras viva, otros ojos mas perspicaces deben haberle adivinado; su padre debe haber comprendido mi turbacion, porque al verla todo lo olvidaba: cuán feliz era! Ah! y esta felicidad se ha concluido para siempre... Ya sabeis como el conde me ha despedido sin manifestarme los motivos de mi desdicha, como me ha arrojado de su casa, y que desde este dia no ha vuelto á haber para mí ni tranquilidad, ni gozo, ni alegría.

Mart. Es verdad.

Eduar. Pero lo que no sabeis es que todas las tardes, todas las mañanas yo vagaba al rededor de los jardines para ver mas de cerca á Carolina, ó mas bien las ventanas de su habitacion; uno de estos dias no sé qué especie de delirio se habia apoderado de mí... mi razon me abandonó, y sin saber lo que me hacia penetré en el jardin.

Mart. Qué imprudencia!

Eduar. Cierto, madre mia, porque yo no debia verla... y á no ser por eso, la última gota de mi sangre... pero tranquilizaos; eran las once de la noche; nadie me habia visto, nadie, sino un fátuo que, seguido de dos criados, cruzaba por una calle para volverse á su casa! era el baron Federico de Geler, sobrino del ministro de marina, que todas las noches, segun parece, venia á hacer valer su... Sí, madre mia, es su prometido, el que se iba á casar con ella... Yo no lo sabia entonces, pero lo adivinaba por la antipatía que hacia él experimentaba: asi que, cuando él me gritó con tono insolente y altanero adónde vais? quién sois? la insolencia de mi respuesta igualó la de la pregunta, y entonces... este recuerdo no se borrará jamas de mi memoria... mandó á uno de sus criados que me echase de allí; y uno de ellos efectivamente levantó la mano, sí, madre mia, y me ultrajó: no dos veces, no, porque á la primera estaba ya tendido á mis pies, pero me habia ultrajado; y cuando corrí á su amo, cuando le pedí una satisfacion... "Bien, me dijo; quién sois?" Dijele mi nombre. — Burkenstaf, exclamó con desprecio: yo no me bato con el hijo de un tendero. Si fueseis noble ú oficial, no digo que

Mart. (*Espantada.*) Dios mio!

Eduar. Noble no puedo serlo, es imposible! Pero oficial...

Mart. (*Con viveza.*) No lo serás; no conseguirás ese grado, á que no tienes derecho alguno; no, no le tienes... El puesto que debes ocupar está en esta casa, al lado de tu madre, que lo pierde todo en un solo dia; ya estás como tu padre, pronto los dos á abandonarme, á esponer vuestra vida... y por qué? porque no sabeis ser felices, porque vivis de ambi-

cion, porque os comparais con los que son mas que vosotros. Yo no pido nada á los poderosos, ni á los señores, ni á sus hijas... no quiero mas que mi marido y mi hijo... pero los quiero absolutamente, porque son míos... (*Abrazándole.*) porque me pertenecen... porque son toda mi felicidad, y nadie me la quitará.

ESCENA V.

MARTA, JUAN, EDUARDO.

Juan. (*Con alegría, mirando á la calle.*) Eso es! soberbio!... así, así!...

Eduar. Cómo? de vuelta ya?... está ya mi padre en casa de Michelson?

Juan. (*Alegremente.*) Mejor que eso.

Mart. (*Impaciente.*) Está salvo por fin?

Juan. (*Con aire de triunfo.*) Lo han preso.

Mart. Cielos!

Juan. Toma! no os asustéis! Va bien; la cosa va perfectamente.

Eduar. Te explicarás por fin? (*Con ira.*)

Juan. Cruzábamos la calle de Stralsund, cuando hétenos cara á cara con dos soldados de guardias que nos observan... nos siguen, y encarándose luego con vuestro padre: "Señor Burkenstaf, le dice uno de ellos con mucha cortesía, en nombre de su escelencia el señor conde de Estruansé, os intimo que vengais con nosotros; desea hablaros..."

Eduar. Y qué?

Juan. Viendo sus buenos modos, vuestro padre les responde: "Estoy pronto, señores á seguiros;" y todo esto habia pasado con tanta tranquilidad, que nadie en la calle lo habia echado de ver; pero yo... para el tonto que creyera!... plántome en el arroyo, y póngome á gritar como un desesperado... "Socor-

ro, socorro! amigos... que prenden á mi amo... Ber-
ton Burkenstaf... á ellos; á ellos!

Eduar. Imprudente!

Juan. Ca! No señor; habia yo visto un grupo de tra-
bajadores y artesanos que iban á su trabajo... me
oyen, y acuden á mi voz; al verlos correr, las mu-
geres y los muchachos corren tambien, y los que
van por la calle hacen otro tanto; unos por interes,
otros por curiosidad... En un momento se arma un
tumulto... Se obstruye la calle... los coches se de-
tienen... los tenderos salen á las puertas, y los ve-
cinos se asoman á las ventanas... Entre tanto ya
habian rodeado los artesanos á los soldados, y li-
bre ya vuestro padre, se lo llevaban en triunfo se-
guidos por supuesto de la multitud, que se aumen-
taba por instantes; pero al pasar por la calle de Al-
tona, donde estan nuestros talleres... alli habiais de
haber visto... qué algazara!... habia corrido ya la
voz de que habian querido asesinar á nuestro amo,
y que habia habido una pelea encarnizada con la
tropa; la fábrica entera se levantó, y el barrio con
ella, y todos corren en tropel al palacio gritando
que da gozo, viva Burkenstaf! que nos le vuelvan!

Eduar. Qué locura!

Mart. Y qué desgracia!

Eduar. De un negocio insignificante por sí, han he-
cho un asunto de Estado, que va á comprometer á
mi padre, y á justificar las medidas que se tomaban
contra él.

Juan. Ba!—no tengais cuidado: no hay nada ya que
temer; los demas barrios se han alborotado tam-
bien. Ya se estan rompiendo por todas partes los fa-
roles y los vidrios de las casas grandes... Va bien;
eso es lo mas divertido del mundo. No se hace da-
ño á nadie; pero en encontrando gente de palacio
les tiran piedras y lodo á ellos y á sus coches! eso

es excelente, porque limpia las calles... á propósito... ois?... ois los gritos?... Veis aquel coche que han detenido en frente de nuestro almacén, y que tratan de derribar?...

Eduar. Qué veo? las armas del conde de Falklend! Si fuese!... (*Se precipita en la calle.*)

ESCENA VI.

JUAN, MARTA.

Marta. (*Tratando de detener á Eduardo.*) Hijo mio! Eduardo! Se va á esponer!...

Juan. Dejadle, señora... esponerse él! eh?... el hijo de nuestro amo? no corre ningun riesgo... á nada se espone, sino á que lo lleven en triunfo... (*Mirando al foro.*) Le veis desde aqui como habla con aquellos que rodean el coche... á todos los conozeo... ah! se apartan... se alejan.

Mart. Felizmente... Pero y mi marido? quiero saber qué es de él... corro á buscarle

Juan. (*Queriendo detenerla.*) Qué vais á hacer?

Mart. (*Empujándole y precipitándose en la calle.*) Déjame te digo... quiero... quiero buscarle.

Juan. Imposible detenerla. (*Llamando á Eduardo.*)

Señor Eduardo... Señor Eduardo!... (*Mirando.*) Oiga! qué diablos está haciendo ahora?... Ayuda á bajar del coche á una señorita, muy linda por cierto... y muy elegante. Vaya! Pardiez! á que está desmayada! Toma, no lo digo? (*Viniendo hácia la escena.*) Pobrecilla! Pues no ha tenido miedo!

Eduar. (*Entrando con Carolina en sus brazos, desmayada, la sienta en un sillón.*) Agua, madre mía... agua.

Juan. Acaba de salir para saber de nuestro amo.

Eduar. Ya vuelve... Qué haces ahí tú? vete.

Juan. Miren qué pedrada ! no deseo yo otra cosa. Voy á unirme con la turba y á gritar como los demas.
(*Vase.*)

ESCENA VII.

CAROLINA , EDUARDO.

Carolina. (*Volviendo.*) Esos gritos... esas amenazas... esa muchedumbre furiosa que me rodea... Qué daño les he hecho yo ?... dónde estoy ?

Eduar. (*Con timidez.*) Estais segura ; no temais nada.

Car. (*Conmovida.* (Esa voz... (*Volviéndose.*) Eduardo ! Sois vos ?

Eduar. Sí , soy yo , que os vuelvo á ver , y el mas feliz de los hombres... porque he podido defenderos , protegeros y daros asilo.

Car. En dónde ?

Eduar. En mi casa ; en casa de mi madre ; perdonad si os recibo en este sitio indigno de vos ; estos almacenes , este mostrador , tan distintos de los brillantes salones de vuestro padre .. pero nosotros no somos nadie ; no somos mas que unos comerciantes...

Car. Eso sería ya por sí solo un título á la consideracion de todo el mundo ; pero para conmigo y con mi padre teneis otros , Eduardo , y el favor que acabais de hacerme...

Eduar. Favor ? Ah ! no pronuncies esa palabra...

Car. (*Siempre sentada.*) Y por qué ?

Eduar. Porque va á imponerme silencio de nuevo , porque me encadena otra vez con lazos que quiero por fin romper. Sí ; mientras fui bien recibido por vuestro padre , mientras que me acogió bajo su techo hospitalario , hubiera creído faltar á la probidad , al honor , á todos mis deberes , descubriendo un secreto de cuyo peso me alivian hoy sus ultrajes ; nada le debo ya... estamos pagados ; y antes de mo-

rir quiero hablar, quiero, aunque hayais de abrumarme con vuestro desprecio y vuestra indignacion, que sepais por fin cuanto he padecido, y cuánto dolor, cuánta desesperacion abriga mi pecho...

Car. (Levatándose.) Eduardo! por Dios!

Eduar. Sí, lo sabreis!

Car. Ah! desgraciado! Creeis por ventura que lo ignoro?

Eduar. (Con entusiasmo.) Carolina!...

Car. (Asustada.) Silencio! Silencio! Creeis vos mi corazon tan poco generoso que no haya comprendido la generosidad del vuestro, que no haya sabido agradecer nuestros sacrificios, y sobre todo vuestro silencio? (*Movimiento de alegría de Eduardo.*) Sea hoy la última vez que os atrevais á romperle; desde mañana estoy destinada á otro; mi padre lo exige, y sumisa siempre á mis deberes...

Eduar. Vuestros deberes...

Car. Sí; sé lo que debo á mi familia, á mi cuna, á esas distinciones que acaso no hubiera yo deseado, pero que el cielo me ha impuesto, y de que sabré hacerme digna. (*Acercándose á Eduardo.*) Y vos, Eduardo (*Con timidez.*), no me atrevo á decir amigo mio, no os abandonéis á la desesperacion en que os veo; conoced que la deshonra y el honor no penden del rango que uno ocupa, sino del modo con que se desempeñan los deberes, y hareis lo que yo... y podreis soportar el vuestro con valor y resignacion. A Dios para siempre; mañana seré muger del baron de Geler.

Eduar. No, no; mientras yo viva, yo os juro aqui... Cielos! alguien viene...

ESCENA VIII.

CAROLINA, EDUARDO, RANTZAU, MARTA.

Marta. (*A Rantzau.*) Si buskais á mi hijo, aquí le teneis. (*Aparte.*) Imposible averiguar nada. Es una confusion.

Car. (*Viéndolos.*) Cielos!

Mart. y Rant. (*Saludando.*) La señorita de Falklend!...

Eduar. (*Con viveza.*) A quien hemos tenido la dicha de ofrecer un asilo, porque su coche habia sido detenido.

Rant. Y bien? No parece sino que os quereis disculpar de una accion que os honra.

Eduar. (*Turbado.*) Yo, señor conde?

Mart. (*Aparte.*) Conde !... Vaya! esto es hecho, nuestra tienda es el punto de reunion de todos los señores...

Rant. (*Que ha echado una mirada penetrante á Carolina y Eduardo, que bajan los ojos.*) Bien... muy bien... Una jóven hermosa libertada por un caballero galante... novelas he leído que empezaban asi.

Eduar. (*Tratando de mudar de conversacion.*) Pero vos, señor conde, paréceme que no andais muy prudente en salir á pie por las calles.

Rant. Por qué? Precisamente ahora las gentes de á pie son potencias; ellas son las que salpican á los que van en alto: por otra parte, no tengo mas que una palabra; os habia prometido traer os vuestros despachos de paso que venia á hacer algunas compras... (*Sacándolos del bolsillo y dándoselos.*) Aquí teneis.

Eduar. Qué fortuna! Soy oficial!

Mart. Esto es hecho... infeliz de mí! Con razon desconfiaba yo de este hombre!

Rant. (*Volviéndose hácia ella.*) Señora, os felicito por

el favor y la popularidad de que gozais en este momento.

Mart. Qué me quereis decir con eso?

Rant. Pues qué, ignorais lo que pasa?

Mart. Vengo de nuestros talleres, donde no ha quedado un alma.

Rant. Todos estan en la plaza: vuestro marido se ha hecho el ídolo del pueblo. Por todas partes se ven banderas y letreros en que resaltan estas palabras: Viva Burkenstaf, nuestro gefe! Burkenstaf para siempre!... Su nombre es un grito de reunion!

Mart. Desdichado!

Rant. Las oleadas tumultuosas de sus parciales rodean el palacio y gritan de corazon: "Muera Estruansé!" (*Sonriéndose.*) Hasta los hay que gritan: "Mueran los miembros de la regencia!"

Eduar. Santo Dios! Y no temeis...

Rant. Ba! Nada; me paseo incógnito, como simple aficionado; por otra parte, al menor peligro me ampararia con vuestro nombre.

Eduar. (*Con viveza.*) Y no en valde; yo os lo juro.

Rant. (*Cogiéndole una mano.*) Cuento con ello.

Mart. (*Yendo hácia el foro.*) Dios mio! no ois ese ruido?

Rant. (*Aparte tomando la derecha.*) Magnífico! Esto marcha. Si sigue asi, no tendrá uno necesidad de meterse en nada.

ESCENA IX.

CAROLINA, EDUARDO, JUAN, MARTA, RANTZAU.

Juan. (*Sin aliento.*) Victoria! Victoria!... Es nuestro!

Mart. Eduar. y Rant. Habla: qué? acaba...

Juan. No puedo mas... cuidado si he gritado... Está-

bamos en la plaza mayor, delante del palacio, debajo de los balcones... tres ó cuatro mil eramos lo menos, gritando: "Burkenstaf, Burkenstaf; que se revoque la orden que le condena, Burkenstaf..." Entonces Estruansé se deja ver en el balcon, y á su lado la condesa vestida de gran gala... Vaya si estaba bien. Terciopelo azul... buena figura... hermosa voz! Fue á hablar, y todo el mundo calló. "Amigos míos, dice, nos han engañado; revoco toda especie de arresto, y os prometo en nombre del rey y en nombre mio que Burkenstaf es libre y no tiene porque temer.

Mart. Respiro!

Car. Qué fortuna!

Eduar. Todo se ha salvado!

Rant. (*Aparte.*) Todo se ha perdido!

Juan. Entonces fue ella. Viva el primer ministro! gritamos todos. Viva la condesa! viva Burkenstaf! Y cuando yo dije á los que estaban á mi lado: y á todo eso, yo soy el que soy Juan, el mismo Juan, el Juan mancebo de su almacén: viva Juan! gritaron tambien, y me rompieron todo el vestido, cogiéndome en volandas para enseñarme á la muchedumbre. Tira por aqui, tira por alli... añicos! y esto no es nada todavía; ahora se estan organizando, van á venir con sus gefes á la cabeza para cumplimentar á nuestro amo y llevarsele por ahí en triunfo á las casas capitulares.

Mart. (*Aparte.*) En triunfo! Va á perder la cabeza!

Rant. (*Aparte.*) Qué lástima!... un motin que empezaba tan bien!... en quién puede uno confiar ahora?

ESCENA X.

CAROLINA, EDUARDO *en el fondo*, BURKENSTAF, y varios notables que le rodean. MARTA, JUAN, RANTZAU.

Burkenstaf. (Recogiendo varios memoriales.) Bien, amigos míos, bien; presentaré vuestras reclamaciones al ministro y al gobierno; preciso será que hagan justicia... además... yo estaré en todo... hablaré, hablaré. En cuanto al triunfo que el pueblo me prepara, y que mi modestia me aconseja rehusar...

Mart. (Aparte.) Eso es otra cosa!

Burk. Lo acepto, por el bien público, y en atención al buen afecto. Aquí esperaré la comitiva, que puede venir por mí cuando guste. Por lo que hace á vosotros, queridos colegas y notables de nuestro gremio, espero que de vuelta del triunfo vendreis á cenar á mi casa; os convido á todos.

Todos. (Gritando al salir.) Viva Burkenstaf! Viva nuestro gefe!

Burk. Nuestro gefe!... ya lo ois!... qué honra!... (*A Eduar.*) Qué gloria, hijo mio, para nuestra casa! (*A Marta.*) Y bien, muger, qué te decia yo? Soy una potencia... un poder del Estado... Nada hay igual á mi popularidad; y ya ves el partido que puedo sacar de ella.

Mart. Sí; sacarás una enfermedad; descansa, sosiega.. estás sofocado!

Burk. (Limpiándose la frente.) Qué? no. La gloria no cansa nunca... Qué hermoso dia! Hombre! Todo el mundo se inclina delante de mí, todos se dirigen á mí, todos me hacen la corte. (*Viendo á Carolina y Rantzau que estan junto al mostrador á la izquierda, y que Eduardo le ocultaba.*) Qué veo? La señorita de Falklend y el conde de Rantzau en



mi casa! (*A Rantzau con énfasis y proteccion.*) Qué hay, señor conde? En qué puedo servirlos? Que venis á pedirme?

Rant. (*Friamente.*) Quince varas de terciopelo.

Burk. (*Cortado.*) Ah! era eso... perdonad... pero si es cosa del comercio no puedo... si fuese otra cosa... (*Llamando.*) Marta!... bien conoceis que en el momento de mi triunfo... Marta! sube al almacén y sirve al señor conde.

Rant. (*Dando un papel á Marta.*) Hé aqui mi nota.

Burk. (*Gritando á su muger, que sube ya la escalera.*) Y despues pensarás en la cena; una cena digna de nuestra nueva posicion; buen vino! estamos?... (*Señalando á la puerta que está debajo de la escalera.*) El vino del sótano...

Mart. (*Subiendo la escalera.*) Acaso tengo yo tiempo para hacerlo todo?

Burk. Vaya! No te incomodes: (*A Rantzau.*) tendré que ir yo mismo en persona... (*Marta acaba de subir la escalera y desaparece.*) Mil perdones, señor conde; ya lo veis, tengo tantas cosas sobre mí, tantos cuidados... (*A Carolina con tono protector.*) Señorita, he sabido por Juan, mi mancebo de... (*Reteniéndose.*) mi dependiente... la falta de respeto cometida con vos y con vuestro coche; podeis estar segura de que yo ignoraba... ya se ve! yo no puedo estar en todas partes... (*Con tono de importancia.*) de otra suerte, hubiera interpuésto mi autoridad; os doy palabra de manifestar públicamente cuánto ha sido mi desagrado, y quiero... empezar...

Rant. Por hacer llevar esta señorita á casa de su padre.

Bert. Eso es precisamente lo que yo iba á decir... me haceis pensar en ello... Juan, á ver... que devuelvan su coche á esta señorita... Y direis que lo mando yo, Berton de Burkenstaf.. y para escoltar á esta señorita...

Eduar. (*Con viveza.*) Yo me encargo de eso , padre mio.

Bert. Enhorabuena!... (*A Eduardo.*) Si os sucediese algo... si os quisiesen detener... dirás: " Soy Eduardo Burkenstaf , hijo del señor... "

Juan. Berton Burkenstaf... ya se sabe.

Rant. (*Saludando á Carolina.*) Señorita... á Dios , amigo mio.

(*Eduardo ofrece la mano á Carolina , y sale con ella seguido de Juan.*)

ESCENA XI.

RANTZAU , BERTON. (*Rantzau se ha sentado junto al mostrador y Berton al otro lado.*)

Berton. Os hacen esperar... me es muy sensible...

Rant. A mí no... con eso estoy mas tiempo en vuestra compañía ; siempre gusta uno de ver de cerca á los personages célebres...

Bert. Célebre!... sois muy amable. Ello , es cosa inconcebible... esta mañana nadie se acordaba de semejante cosa , ni yo tampoco... yo mismo!... todo ha venido en un instante.

Rant. Esas cosas vienen siempre con esa prisa... (*A parte.*) y con la misma se van. (*Alto.*) Solo siento que esto se haya acabado tan pronto.

Bert. Oh! pero esto no está acabado... Ya lo habeis oido... van á venir por mí para llevarme por ahí en triunfo. Perdonad ; voy á vestirme ; si yo los hiciese esperar , se impacientarian con razon... creerian que el gobierno me habia hecho desaparecer.

Rant. (*Sonriéndose.*) Cierto ; y la jarana volveria á empezar.

Bert. Ni mas ni menos... ya se ve ! me quieren tanto!... asi es que esta noche , esa cena que doy á los

notables será, me parece, de un efecto seguro; porque en un banquete se bebe... y...

Rant. Se animan todos.

Bert. Se echan brindis á Burkenstaf, al gefe del pueblo, como me llaman... ya entendeis... A Dios, señor conde.

Rant. (*Sonriéndose y llamándole.*) Un instante... para beber á vuestra salud es menester vino, y eso que le deciais á vuestra muger hace poco...

Bert. (*Dándose una palmada en la frente.*) Es verdad; se me olvidaba. (*Pasa detrás de Rantzau y detrás del mostrador y señala la puerta que está debajo de la escalera.*) Ahí tengo un sótano soberbio, donde conservo mis vinos del Rhin, y de Francia... Mi muger y yo somos los únicos que tenemos la llave.

Rant. (*A Bertou, que abre la puerta.*) Precaucion muy prudente. Al principio creí que teniais ahí vuestro tesoro.

Bert. No; y eso que estaria seguro. (*Golpeando la puerta.*) seis pulgadas de grueso y forrada en hierro. (*Yendo á entrar.*) Con vuestro permiso, señor conde...

Rant. Vos le teneis... yo subo al almacén. (*Bertou baja al sótano; Rantzau se acerca á la puerta, la cierra y vuelve á la escena tranquilamente, diciendo:*) Un hombre como este es un tesoro, y los tesoros... (*Enseñando la llave.*) deben estar siempre bajo llave.

(*Sube la escalera que conduce al almacén y desaparece.*)

ESCENA XII.

JUAN.

Juan. (*Dejándose ver en el fondo, á la puerta, mientras que el conde sube la escalera.*) Aquí estan, aquí

están... es cosa vistosa... una comitiva asombrosa... los gefes de los gremios con sus estandartes y músicas y... (*Se oye una marcha triunfal, y se descubre la cabeza de la comitiva que se coloca en el fondo del teatro, en la calle, fuera de la tienda.*) Dónde diablos está nuestro amo? arriba sin duda. (*Corriéndolo hácia la escalera.*) Señor Berton, señor! que vienen ya á buscaros... me oís ?

Mart. (*Apareciendo en la escalera con dos mancebos de tienda.*) Qué tienes tú, que gritas ?

Juan. Grito porque busco á nuestro amo.

Mart. Abajo está.

Juan. Está arriba.

Mart. Te digo que no.

El Pueblo. (*Fuera.*) Viva Burkenstaf!... viva nuestro gefe!

Juan. Voto va ! y no está aquí... y van á gritar sin él... (*A los dos mancebos de tienda que han bajado.*) A ver vosotros si registráis toda la casa... (*Van entrando algunos del pueblo. Marta baja.*)

El Pueblo. (*De fuera.*) Viva Burkenstaf!... Que salga! que salga!

Juan. (*En altas voces á la puerta de la tienda.*) Ahora... ahora... han ido á buscarle... os le van á enseñar. (*Recorriendo el teatro.*) Esto me hará perder la cabeza... la sangre me hierve en las venas...

Varios mozos. (*Entrando por la derecha.*) Yo no le he encontrado.

Otros. (*Bajando de los almacenes.*) Ni yo tampoco; no está en casa.

El Pueblo fuera con sordo murmullo. Burkenstaf!... Burkenstaf!..

Juan. Voto va ! ya se impacientan ; ya murmuran... Dónde diablos puede estar?

Mart. Dios mio ! le habrán preso de nuevo ?

Juan. Qué ? despues de la palabra que nos han dado ?

(*Dándose una palmada en la frente.*) Ah! Dejarme... aquellos soldados que yo he visto rondando la casa... (*Corriendo hácia el foro.*) Y la música tocando siempre! Silencio! silencio! callad!... me ocurre una idea... es horroso... es una infamia!

Mart. Qué diablos tienes?

Juan. (*Dirigiéndose á un grupo.*) Sí, amigos míos, sí, se han apoderado de nuestro amo... han asegurado su persona, y mientras que nos estaban echando buenas palabras... lo estaban prendiendo por otra parte... está preso otra vez!... Favor! los amigos; favor!

El Pueblo. (*Precipitándose en la tienda y rompiendo los vidrios del fondo.*) Aquí estamos!... Viva Burkenstaf!... nuestro gefe... nuestro amigo!...

Mart. Vuestro amigo... y le destrozais la casa!

Juan. Y qué? sí señora; eso es entusiasmo, y vidrios rotos... Al palacio! al palacio!

Todos. Al palacio! al palacio!

Rant. (*Dejándose ver en lo alto de la escalera, y mirando cuanto pasa.*) Ah! ah! esto ya es otra cosa... esto empieza á animarse otra vez.

Todos. (*Agitando en el aire sombreros, pañuelos y sus banderas.*) Muera Estruansé! Viva Burkenstaf! Que nos le vuelvan! que nos le vuelvan! Burkenstaf para siempre!

(*Todo el pueblo sale en el mayor desorden con Juan. Marta cae desesperada sobre el sillón que está junto al mostrador, y Rantzau baja lentamente la escalera, restregándose las manos de gozo. Cue el telón.*)



ACTO TERCERO.

Habitacion del palacio del conde de Falklend. = A la izquierda un balcon sobre la calle. = Puerta en el foro; dos laterales. = A la izquierda en primer término una mesa, libros, recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA, EL BARON DE GELER.

Carolina. Pero, señor baron, qué significa eso? qué hay de nuevo?

Gel. Nada, señorita.

Car. El conde Estruansé acaba de encerrarse en el gabinete de mi padre: han enviado á buscar al conde de Rantzau. A qué asunto esa reunion extraordinaria? esta mañana ha habido ya consejo, y luego estos señores se habian de reunir para comer.

Gel. No sé... pero no ocurre nada importante; nada sério... Oh! me hubiesen avisado! mi nuevo destino de secretario del consejo me obliga á asistir á todas las deliberaciones...

Car. Ah! Por fin os nombraron.

Gel. Esta mañana. Vuestro padre me propuso, y el conde confirmó la eleccion. De la corte vengo ahora de ver á la condesa... por alli estaban un poco consternados por la algazara de esa gente... se temia todavía que esos acontecimientos trastornasen el baile de mañana; pero á Dios gracias, no hay nada que temer; y aun me han ocurrido sobre el particular cuatro chanzas bastante felices que logra-